

Muchas gracias, Fernando,

Sra Alcaldesa,

Miembros de la Corporación Municipal de Ronda

Miembros del Equipo de Gobierno de la Universidad,

Autoridades Civiles y Militares,

Real Maestranza de Caballería de Ronda,

Damas goyescas

Amigas y amigos,

Pregonar vuestra Feria de Pedro Romero es un privilegio que solo sucede una vez en la vida. Os doy las gracias de todo corazón por haber pensado en mí. Ahora, como pregonera, mi mayor deseo es encontrar la palabra exacta y el tomo justo.

Así lo espero. Y va por todos ustedes.

PREGON

“Y Ronda. Con las viejas ventanas de las posadas. Los ojos que espían ocultos detrás de las celosías, para que sus amantes besen los barrotes de hierro.

Y las tabernas de puertas entornadas en la noche. Y las castañuelas.

Y la noche que perdimos el barco...”

Así acababa Joyce su obra. “Ulises”.

Para muchos es la mejor novela del siglo pasado.

Joyce eligió Ronda para escribir esas líneas finales.

Fue su última imagen antes de cerrar definitivamente su libro.

Como quien cierra los ojos, ya cansados de espiar celosías rondeñas.

Como quien se entrega a ese sueño que nos deja a bordo del barco que se acaba de perder.

Cada cual lleva en si mismo su propia singladura. Su propio sueño.

Yo les contaré que hace tiempo, al despertar, recordé haber estado en un jardín idílico. Era pequeño. Poblado con abetos.

Me sentí envuelta en una especie de magia que hasta entonces nunca había imaginado. Paseé admirando los árboles. Y al sentir una música, me llamó la atención un templete verde.

Dentro, una mujer joven interpretaba al arpa.

Me acerqué. Era rubia.

Junto al arpa tenía una guitarra con seis cuerdas.

Le pregunté el título de la melodía. “Música para volar” me contestó.

Alguien que pasaba le dejó unas monedas.

Ella sonrió y siguió la partitura.

Permanecí algunos minutos hasta observar, no lejos de allí, un pequeño monumento. Estaba rodeado de flores de cerezo.

Era la posteridad de un pintor japonés. Había elegido aquel jardín para dar paz a sus cenizas.

“Nací para morir, muero para vivir” dejó escrito sobre piedra.

Igual que las flores de cerezo, de las que en Japón se asegura que caen a la eternidad limpias y radiantes.

Desde que desperté, tuve la certeza de que aquel jardín tenía que ser real. Y de que el tiempo me concedería la oportunidad de dejarme envolver por su magia.

El resto, hasta esta noche, tal vez lo hiciera la suerte.

Utilizando sus vericuetos me ha regalado vuestra compañía. Junto al jardín de mis sueños. Con la Sierra de las Nieves y la de Grazalema al fondo.

Y, sobre todo, me ha regalado una oportunidad única en la vida.

Pregonar la Feria. Vuestra Feria. Las Fiestas de Pedro Romero, tan queridas por mí.

La oportunidad de acercaros a todos la alegría de las fechas que vienen.

Ya falta poco. Apenas tres semanas para que Ronda, la ciudad de mis sueños, sienta la fiesta.

Que la sienta a la vuelta de la esquina de la calle de la Bola.

Permitidle a esta pregonera que esta noche no traiga en su equipaje erudición sino sentimiento. Sentimiento de la Ronda evocada. De la Ronda vivida. Y, sobre todo, de la que cuando se la conoce nos cautiva para siempre. La de los sentidos. La Ronda del arte. La Ronda que fue cuna de Pedro Romero, el maestro que da nombre a nuestras fiestas. El creador del toreo moderno.

Arte. Rito. Una cultura que fueron tallando los siglos. Y que en algunas de sus liturgias abrazó en común a la montera taurina y al birrete académico. Que en el fondo venía a ser lo mismo. El doctorado. El rito iniciático de los elegidos que son llevados en paseíllo o en procesión académica a recibir el birrete o la montera. Nunca anduvieron lejos el campus del albero, la tauromaquia y la academia.

Y menos en tierra rondeña, tan unida a la Universidad de Málaga. Aun queda en nuestra memoria un inolvidable Curso de Verano de hace años. Se titulaba “La Música Callada” en alusión a lo que José Bergamín decía del toreo.

Pero lo que lo hizo inolvidable fue la presencia entre nosotros del alma mater de la Goyesca, el maestro Antonio Ordóñez.

Estaba ya en sus últimos años, pero mantenía el porte egregio. Su presencia lo llenaba todo.

De vuelta del curso, bajando pausadamente hacia el parque se detuvo ante el busto de Pedro Romero.

Después, ante la puerta grande de la plaza, le confió a un amigo de siempre: “que pena que esta puerta no se llame puerta de Pedro Romero”.

Tal como me lo dijeron os lo cuento.

Oír a Ordóñez hablar de Pedro Romero, era como situar frente a frente a dos épocas de la historia del toreo.

Pedro era, sin duda, el mito. El coloso.

Con él llega el arte. Se empieza a admitir que a los toreros, como a los artistas, los señala Dios con el dedo.

Goya lo retrata magistralmente. Con esa penetrante arrogancia en la mirada.

La historia asegura que ambos genios se admiraron mutuamente. Y mas allá, nos habla incluso de vinculaciones comunes con la nobleza.

Para ser mas explícitos, a Pedro Romero se lo disputaron a un tiempo dos duquesas.

El hecho de que fueran la de Alba y la de Osuna, no tardaría en resonar por el Madrid goyesco.

Los teóricos que polemizan sobre lo que es realmente un hecho histórico tendrían aquí un problema resuelto.

Si se considera como tal un acontecimiento pasado que visto desde hoy es relevante, no cabe duda. Aquellos amores hicieron historia.

La confluencia entre casas nobiliarias y dinastías taurinas es algo que sigue hoy cautivando a la actual sociedad mediática. E incluso tal vez llegue a despertar algún interés en el propio mundo del toreo.

Del tiempo de Pedro Romero, sin embargo, lo que queda es el testimonio de Nicolás Fernández de Moratín. Concretamente una oda. Se la compone con cierta dosis de acidez para Hillo, el rival de Pedro Romero... En la plaza, que no en otras lides.

Y dice así:

“Dos duquesas se disputan los amores de un torero,

Lero.

No se llama Pepe Hillo,

Lillo,

Se llama Pedro Romero, lero, se llama Pedro Romero,

Lero, lero, lero, lero.

Dos duquesas y un torero.”

Mató cinco mil toros sin pasar una sola vez por la enfermería.

La leyenda lo sitúa, pasados los setenta años, recorriendo calles cercanas como visitador de estancos del partido judicial de Ronda.

Y luego, enseñando la lidia en la Casa Matadero. auspiciado por la Real Maestranza. Vivía con desigual fortuna. A veces con

apenas nueve reales. Y a sus discípulos aseguraba que:”mas se hacía en la plaza con una arroba de valor y media libra de inteligencia que al revés”.

Tuvo tiempo aún de añadir siete reglas mas, que regaló a la Real Escuela de Tauromaquia de Sevilla de la que fue director.

Pedro Romero no solo era el valor. Era también el desapego, la grandeza.

Pedro Romero era de Ronda.

A su busto, Ronda añadió otros dos monumentos a la historia del toreo.

De una misma dinastía.

Uno, el del Maestro indiscutido del pasado siglo, Antonio Ordóñez, tan querido en la Universidad. Que se nos fue antes de tiempo. En un último silencio, de aquellos tan suyos, que cortaban el aliento en la Maestranza.

El otro, el de su padre, Cayetano.

Ambos guardan simbólicamente las esencias del toreo en la Puerta del Picaero.

En la capa abierta de Cayetano, el Niño de la Palma, imaginaron una gran mariposa con alas bermejas.

En su hijo, Antonio, la majestad. El valor supremo. La demostración clara de que Dios siguió señalando a los artistas con el dedo.

En el había una suerte de solidaridad mística entre toro y torero. Conseguía que no se desperdiciara nada en la embestida. La absorbía. La gobernaba íntegramente.

Antonio cumplió una a una todas las normas de Pedro Romero, en especial las que se referían al valor.

Dominaba sin duda al animal, pero no renunciaba a interpretar la danza de la muerte. con pasos cortos, bien medidos y arriesgados..

Al contrario que Pedro Romero, Antonio Ordóñez pagó muchas veces tributo, e inspiró a Hemingway su verano sangriento.

Pero ni siquiera herido perdía la compostura.

Las normas de Pedro Romero marcaban que la honra del matador estaba en no huir nunca, ni correr jamás delante de los toros, teniendo muleta y espada en las manos.

De Ordóñez se cuenta que antes de comenzar un festival, un banderillero le pidió que esperase un poco.

Parece que tras la actuación de don Álvaro Domec el albero estaba muy irregular. Y era necesario aplanarlo. “¿Arreglar la plaza, -replicó el maestro- anda ya, hombre, para lo que voy a correr yo...”

Al maestro nada le podía robar el sosiego. Cuando llegaba el día de la Goyesca, oía misa por la mañana.

Y luego se aislaba del mundo, en un lorquiano silencio de cal y mirto. Hasta la hora de ponerse delante del toro.

Su aplomo traspasaba los muros de la Maestranza.

Tal como lo cuentan lo pregono.

No ha mucho, una ilustre personalidad se admiró de la calma con la que los rondeños deambulaban por la calle la bola.

Y dijo: aquí los paseos de la gente son tan pausados como el toreo de Ordóñez...

Se me permitirá, como licencia de la pregonera, una pequeña debilidad hacia esa calle Vicente Espinel. Es decir, hacia la calle la bola.

La recomiendo siempre a los amigos. Como un paréntesis en la visita a una ciudad monumental como Ronda.

Dentro de su amable sencillez consigue que nos olvidemos del tiempo. Que nos demoremos por igual admirando uno de sus muchos balcones de hierros bien labrados. O un escaparate de rebajas.

Cosas de Ronda dirán ustedes. Pero no, porque a poco que se adentre una por la historia, dieciochesca, o decimonónica, aparecen nombres para detenerse en la reflexión. Como un antiguo bar “Ideal”. Un hotel “Progreso”. Una bodega a la que llamaron “La Verdad”...

Rasgos de un pasado liberal, o libertario.

O nombres simbólicos de fraternidades secretas, de las que se acunaron en la reciente historia de la ciudad.

Sobre aquellas hojas de ayer, que no resistieron tantos otoños, brotó otra. Con savia nueva y bellas maderas barnizadas. Hecha para que también soñemos los de otra época. Un lujo. Solo en Ronda una madre puede decirle a su hijo: toma, ve y compra un juguete al Pensamiento.

Os aseguro que nadie que, como yo, se dedique a la enseñanza puede quedarse indiferente.

Un juguete para el pensamiento.

Porque si aprender es interiorizar el mundo externo, jugar es, precisamente, proyectar al mundo nuestra vida interior. En libertad. Sin mas límite que la imaginación.

Hasta donde llegue.

Como aquella bola de nieve que, según la tradición, da nombre a la calle.

Aquella bola que empezó a rodar por allá arriba, mas o menos por la avenida Martínez Hasteín...

Y que al llegar a la plaza se había hecho ya enorme.

Muchas veces he meditado sobre esas misteriosas relaciones que existen entre las bellezas de la naturaleza y las mas grandes creaciones del espíritu.

Como la Institución Libre de Enseñanza de vuestro paisano, Francisco Giner de los Ríos. Otro grande de Ronda.

La Institución no se preocupaba tanto de lo que se enseñaba, sino de “cómo” se educaba. Y de “lo que” se educaba. Porque su objetivo era formar personas.

He pensado muchas veces en su creador.

Lo he imaginado por aquí, de niño, jugando a hacer bolas de nieve por las calles empinadas.

Aburriéndose ante las pizarras viejas y preguntándose, si era inevitable que las letras tuvieran que entrar con sangre.

Tal vez uno de aquellos días hubiera deseado comprar un juguete al pensamiento. Porque comprendió que la pizarra se quedaba corta para entender un árbol. Y que había que salir fuera a buscar el árbol, tal vez un pinsapo y todo aquello que le rodeaba.

Y que la educación, ese complejo fenómeno de la transmisión del conocimiento, debía entrar por los sentidos.

Que había que ver el árbol.

Palparlo.

Oler sus hojas.

Degustar sus frutos.

Oír el viento a su alrededor.

Y anotar lo todo en el cuaderno.

Si me permite la distancia, es lo que modestamente trata de hacer la pregonera esta noche.

Decir a los cuatro vientos que es bueno estudiar a Ronda en los libros.

Pero que no es bastante. Que para saber de Ronda hay que venir.

Hay que palpar los sillares de su historia. Oír la décima de Vicente Espinel.

Hay mirarla hasta el éxtasis, dejando que la vista recorra libremente sus contornos.

Oler sus flora. Degustar sus frutos.

Y cuando nos parezca que hemos agotado ya completamente los cinco sentidos..., descubriremos que existía en verdad ese otro sexto sentido.

El que nos enseñará que a Ronda hay que amarla.

Quienes buscan la ciudad de sus sueños deben saber que esa ciudad lleva milenios inventada.

Los romanos le llamaron Arunda.

Y hace aproximadamente dos siglos, los viajeros románticos nos la fueron descubriendo. A veces incluso a nuestros propios ojos.

Ronda era para ellos un lugar soñado. Encumbrado. Inaccesible. Pero soñado. Conseguir llegar, era una aventura que les transportaba en el tiempo.

Que les ponía en contacto con una cultura que ya era insólita en el sur de Europa. Créanme. Es bonito seguir leyéndolos al cabo del tiempo.

Aun reeditados, conservan el seco olor añejo de ese papel amarillento que se resiste al olvido. De la tinta a la que el tiempo va borrando imperceptiblemente.

Pero conservan la esencia de Ronda.

Nos muestran que afortunadamente, la Ronda de siempre sigue siendo reconocible hoy.

“Solo hay una Ronda en el mundo entero –escribía el británico Richard Fox hace dos siglos- Y su visita bien vale la pena de un viaje por mar hasta Cádiz y vuelta.

Ronda tiene unas posadas bastante tolerables, entre las que figuran las “Ánimas” y San Carlos en la ciudad vieja.

La pastelería de las “Cuatro Naciones” es muy recomendable El dueño es persona atenta.

En la nueva hay una pequeña posada muy limpia, llamada “San Cristóbal” y en la calle del Alberto y cerca de la Alameda se encuentra la Posada del Tajo.”

Tras una cita así solo cabe lamentar que Fox pertenezca al siglo diecinueve. Porque en él hubiera tenido Ronda un excelente pregonero.

Tenía, desde luego, el requisito básico. Era un apasionado de Ronda.

Sin embargo, les confesaré una pequeña debilidad por Charles Edmond Boissier, a la que tal vez no sea ajena su condición de científico, de botánico.

Su célebre Viaje por el Sur de España fue publicado en edición facsímil por la Universidad de Málaga siendo yo vicerrectora de investigación.

Lo he releído ahora. Y me siguen fascinando la sencillez y la pulcritud de sus descripciones. Les leo este trocito:

“Los bordes del precipicio, o del Tajo, como le llaman en el país, están cubiertos por las casas de la ciudad. Y a su largo se extiende la Alameda, un paseo admirablemente plantado de álamos y otros árboles de sombra, desde donde se divisan los caprichosos meandros del cauce del río hasta que la mirada descansa, deliciosamente, sobre la panza vegetal del valle.

Encantadoras manchas de encinas, algunos jardines, unos molinos pintorescamente fundidos con la roca por debajo de los cuales el agua se precipita en mil saltos.

En el horizonte, la serie de altitudes de las sierras entre las que destaca el pico de San Cristóbal.”

Las narraciones de los viajeros románticos han sobrevivido al tiempo. Permanecen como testimonio de quienes buscando la ciudad soñada terminaron por descubrir Ronda.

Pero Ronda no se quedaba ahí. A poco que se rascara en la piedra, aparecía la ciudad noble, mezcla armoniosa de historia, belleza, señorío, valor, lealtad, linaje.

Un rastro que, desde hace siglos, siempre nos ha llevado inequívocamente a la Real Maestranza de Caballería.

Una institución que nació para enseñar a los nobles a hacer la guerra. Pero que supo moldear su propio tiempo hasta añadir su propia nobleza a la inquietud cultural de la ciudad. Que hoy forma parte de su propia identidad.

No es fácil pasar la prueba de los siglos. Y esa es tal vez una de las razones del afecto, diría de la complicidad entre la Real Maestranza de Caballería de Ronda y la Universidad.

Ambas existieron siempre. Y ambas siguen viviendo para el futuro desde la fidelidad a su origen.

Quisiera pregonar esta noche mi admiración por los caballeros maestrantes. Altivos. Orgullosos y generosos. Al servicio de la Corona y su Institución que, desde tiempos de Felipe II sigue siendo señora de sus siglos.

De las circunstancias en las que se creó queda un genuino espíritu aristocrático. Pero no en el sentido literal del Poder para unos pocos, sino en la exaltación de los mejores.

En la colaboración con la Universidad, con la cultura.

Y en hacerlo todo, insisto, desde la fidelidad a la historia y a la cultura que nos une y enorgullece.

Queda también una biblioteca situada simbólicamente entre el jardín y la plaza de toros. Cuando la visité, me pareció un monumento al libro y a la historia.

Recorrí estanterías acristaladas.

La biblioteca guardaba, desde su silencio, el secreto del tiempo.

Me pregunté cuantas generaciones habrían leído los párrafos que al azar tomé yo. Comprendí que un libro, como este pregón, solo puede explicarse desde el amor.

Es algo que se lanza al viento, para quien lo recoja.

Nadie escribe sin imaginar alguien, que tal vez le leerá.

Nadie ejerce este honroso cometido de pregonera sin la esperanza de alguien que esta tarde le preste oídos..

La biblioteca guarda, desde su silencio, el secreto del espacio y el tiempo. Los posee.

El libro, como el pregón, es un mensajero humilde, que va de año en año, de siglo en siglo.

Una mano, inevitablemente lo dejará a otra y guardará la memoria.

De la misma forma que el próximo año, otro pregonero tomará la antorcha, y me relevará en un atardecer como este.

Con el sol poniéndose.

En este mismo escenario. Sobre Ronda. Altiva. Vertiginosa.

Como una cicatriz hecha de cal.

Aquí, elevada con vosotros sobre las alturas comprendo por qué poseer este paisaje tan hermoso fue la ambición histórica de tantos pueblos.

El por qué esta tierras cambiaron de dueño tantas veces a lo largo de los tiempos. Por qué su dominio ha sido la ilusión de sucesivas culturas.

Una comprende sobre todo por qué en esta tierra el corazón se haya enredado tantas veces con la memoria.

Porque Ronda es siempre un amor correspondido.

Un amor que ahora vuelve a brotar, renovado. En fiesta.

Porque vuestra fiesta es ante todo arte.

Arte de participación. Arte de solidaridad.

Es una emoción compartida. Que se contagia.

Que llama a cada una de vuestras puertas.

Y que nos emociona. Porque expresa la actitud de un pueblo ante la vida. Ante la alegría. Ante el amor y la libertad.

Vuestra fiesta es arte. Pero va mas allá del arte. Es también un espacio cultural querido y compartido.

Es cultura colectiva. Porque la cultura, como la vida misma, va mas allá de nosotros mismos. Casi se diría que nos posee.

Vuestras fiestas pertenecen a la vida de Ronda. La significan.

Es Ronda la que, a través de los años, ha ido escribiendo su propio guión. Y lo representa cada septiembre.

Justo cuando todo un pueblo no solo se encuentra con su feria, sino consigo mismo.

Con sus esencias.

Ahora, amigos y amigas de Ronda, es verano. Y la fiesta está a la vuelta de la esquina. Se anuncian las damas goyescas. Noche cálida. Noche mágica.

Es tiempo de ser felices.

Misión cumplida. El pregón se hará silencio.

La pregonera cerrará los ojos. Y verá que nada ha cambiado en sus sueños.

Paseará de nuevo entre los jardines de Blas Infante.

Verá como la naturaleza se conmueve entre abetos y flores de cerezo.

Volverá a oír el arpa.

Y sobre todo, sentirá a Ronda.

A Ronda eterna.

A Ronda. De todo corazón.

Muchas gracias.